

¿Discutir o percibir?

Por: PAULA MORENO | 8:06 p.m. | 09 de Abril del 2011

En el último año he leído con atención las columnas de Manuel Kalmanovitz, Daniel Samper y Héctor Abad sobre el tema étnico. En estos textos encontré algo que los unía: que las personas expresaban sus visiones o reacciones sobre una materia que ha permanecido invisible en la discusión nacional y que ahora, ya fuera por casualidades o no sé qué motivación, se ha convertido al menos en un asunto de debate que no se reduce al día de la afrocolombianidad.

Creo que esta es una oportunidad importante para seguir generando un diálogo serio y profundo, en el que se discuta con argumentos y se llegue a conclusiones. El tema étnico y racial ha sido uno de los más complejos de la historia, y lo sigue siendo, por lo que su aproximación requiere un poco de humildad y de conocimiento para tratar de comprender las luchas sociales de millones de personas que, en países como Colombia, han sido denominadas minorías, pero que en realidad representan mayorías: más de diez millones de colombianos entran en esa descripción.

Con los columnistas estoy de acuerdo en varios puntos. Uno es que no se debe abordar la cuestión como algo de grupos o comunidades aisladas, sino entenderla como un asunto de ética en una nación en la que la verdadera cohesión social pasa por un reconocimiento equitativo de todos los ciudadanos en sus diferencias. El mismo Mandela lo expresaba en su libro más reciente, Conversaciones conmigo mismo, al recordar que la lucha en Sudáfrica no fue una de razas sino una contra la desigualdad social y la reivindicación de los derechos, que hacían de Sudáfrica un Estado en el que la mayoría de no tenía un ejercicio pleno de la ciudadanía. Lo mismo afirmaron Richard Wright o Debois en Estados Unidos, cuando reiteraron que la lucha del negro allí no era la del gueto sino la de hallar los caminos de igualdad para que el país pudiera crecer equitativamente.

Yo he vivido en Estados Unidos un tiempo y estoy de acuerdo en que si bien la discriminación es común en muchos contextos, la forma en que se da y las estrategias para combatirla son muy diferentes en el africano, el europeo, el estadounidense o, incluso, el latinoamericano. Por eso, se requieren discusiones serias, ya no por apreciaciones de gusto o disgusto, sino para mostrar con hechos y realidades dónde socialmente hay limitaciones y exclusiones, y cuáles son las medidas más efectivas - temporales o permanentes- para impulsar cambios. Quisiera que los columnistas se preguntaran por qué en los libros de historia de Colombia la única alusión al aporte del negro ha sido la esclavización, sin ninguna a su contribución al desarrollo económico y social y a los procesos políticos. ¿Cómo se conectan las omisiones del pasado con las del hoy? ¿Cuál es el sentido de la representatividad en una nación de

diferentes, que no proyecta ni en sus posiciones de liderazgo ni incorpora en sus decisiones la pluralidad de sus voces y orígenes? ¿Por qué después de dos siglos yo fui la primera ministra afrocolombiana? ¿No había o no hay más hombres negros ni mujeres negras capacitados? ¿Por qué la violencia y la pobreza coinciden con una mayor concentración étnica, y se asocia lo étnico con elementos de vulnerabilidad? ¿Por qué todavía de cada 100 estudiantes negros, 1 tiene acceso a la universidad, y cuántos de los pocos que tienen acceso se concentran en las mejores universidades? ¿Por qué existe tanta debilidad institucional en los 110 municipios mayoritariamente afrodescendientes? ¿En realidad, todos partimos del mismo punto, con la misma calidad de oferta y acceso a las oportunidades? Más que discriminar, como se intenta sugerir, es lograr que todos tengamos los mismos elementos y opciones para competir. Pero en Colombia es evidente que no es así; cada uno evalúa desde su comodidad, pero no se transporta a los mundos paralelos con fronteras de cristal. Somos muchos los que nos cuestionamos sobre la memoria en un país como el nuestro y cómo las debilidades, omisiones o injusticias se perpetúan. Precisamente por eso es necesario dar discusiones con profundidad, para escuchar de parte y parte las percepciones pero también los argumentos.

¿Discriminación o decoración?

Por: PAULA MORENO* | 8:58 p.m. | 13 de Diciembre del 2011 www.eltiempo.com

Imágenes o artículos publicados recientemente como la paradoja de los negros en el diario El País, de Cali, o la foto del Beverly Hills caleño publicada en la revista Hola han hecho evidente la anatomía del racismo en Colombia. Los medios son espejos de la sociedad y estos dos ejemplos nos devuelven a un periodo de la esclavización con sindicaciones salvajes, inferiores, de servilismo, problemáticas y de menosprecio, que hacen evidente que la discriminación existe no solo por ignorancia sino por esquemas colectivos que definen lugares y miradas hacia los grupos o comunidades que se consideran diferentes.

El tema étnico en Colombia, más que un color de piel, es un tema de la ética de esta nación. Es imposible pensar en una verdadera cohesión social, una paz profunda y una nación próspera cuando existe una brecha no solo a nivel material sino también en el reconocimiento de los aportes de los que somos considerados diferentes.

Una de las formas sistemáticas de discriminación es la ignorancia de la generalización. Generalizar, como se ha hecho en algunas columnas de El País, como la paradoja de los negros, que los afros somos un grupo de resentidos sociales y corruptos (más de 9 millones de colombianos), es crítico para la autoestima e inclusión efectiva de una comunidad, generando estigmas y conflictos sociales.

Otra forma de discriminación es la valoración de la comunidad negra por simpatía y no por sus aportes, con expresiones tan comunes como "me gustan o no me gustan los negros", "yo estimo a la gente negra, porque la empleada que me crió en la casa era afro". Muchas de estas expresiones cotidianas se plasmaron visualmente en la foto de la revista Hola. Muestran el no reconocimiento de la población afro como protagonista sino como adorno que no ejercen, sino simbolizan dominio y poder.

La historia de Colombia nos ha enseñado, o eso creo, que es perverso para nuestra sociedad evaluar el poder por lujos o el dinero exclusivamente. La valoración del poder debería darse por la ética y el aporte a la construcción de una sociedad más incluyente.

El servicio doméstico es un trabajo como cualquier otro. Negros, blancos, mestizos lo prestan y no hay nada de humillante en el mismo. La foto hace explícito que no se valora el aporte de estas dos mujeres negras, lo cual haría que ellas hicieran parte del grupo que está sentado en el sofá como las mujeres más poderosas de Cali que, en efecto, por su servicio masivo y estructural para el bienestar familiar y social, lo son.

La nueva ley contra la discriminación podría ayudar para que esta enfermedad social reduzca parcialmente sus síntomas. Es urgente avanzar en acciones concretas que, más que

discursos, generen una integración de las comunidades étnicas a la sociedad, ya no como un favor o una concesión, sino como la base para un bienestar común. Esto requiere representatividad en los diferentes espacios públicos, privados, de opinión a múltiples escalas operativas, técnicas y decisorias. O si no, ¿con quién se genera los cambios? ¿O vamos a seguir hablando de inclusión étnica sin afros e indígenas?

Un ejemplo sería que la presidenta de Fenalco en Cali, a partir del error que cometió y el mensaje que nos transmitió de un sector comercial excluyente que desconoce y subvalora a sus clientes (más de un millón de afros viven y trabajan en Cali), implemente políticas de igualdad de oportunidades e inclusión laboral. Así, en unos años, podríamos verla acompañada de un grupo diverso de mujeres en el comfortable sofá de las mujeres más poderosas de Cali, más que por sus apellidos o lujos, por sus acciones para construir una Cali incluyente, pacífica y próspera para todos.

* Ex ministra de Cultura

¿Discrimino yo? ¿Discrimina usted?

Hasta hace algunos años, hablar de discriminación era visto como una paranoia de los considerados discriminados, exageración, o, simplemente, la copia del discurso de la realidad de otros países. Hoy se demuestra que es un fenómeno evidente y medible, desde las sanciones de la Corte Constitucional a la crudeza de algunas imágenes (el afrodescendiente encadenado como esclavo en un evento turístico), la sanción por arengas racistas en espacios públicos e informes que analizan las dimensiones de esta enfermedad.

La Ley contra la Discriminación permite regular comportamientos que son inaceptables y que deben ser sancionados. Sin embargo, se debe profundizar la reflexión, no solamente externa con cifras y estudios, sino interna para encontrar la raíz de la discriminación. Es ahí donde cada uno debe observar y reconocer a quien discrimina, cómo lo manifiesta y cómo puede cambiar su comportamiento. Por ejemplo, la tendencia que existe a calificar los fenómenos negativos del país con la palabra negro: la mano negra, los puntos negros y el lunar negro, al que se hizo referencia con el reciente escándalo en Cartagena.

Para más de 10 millones de colombianos negros surge la pregunta: ¿lo negro hace referencia a qué exactamente? Para lograr la inclusión efectiva de las comunidades étnicas hay que trabajar en las actitudes, los sentimientos y prejuicios y cómo estos impactan la cotidianidad. Por ejemplo: ¿qué tan diverso étnicamente es su lugar de trabajo? Es imposible, un trabajo por la no discriminación y la inclusión si nuestro entorno no es diverso. Si, a escala nacional, en los espacios de poder la participación de las comunidades étnicas es marginal o casi inexistente, ¿cómo construir una equidad étnica efectiva? Si en los contenidos educativos se subvaloran a nivel histórico los aportes de diferentes comunidades y si en los medios se perpetúan los estereotipos, ¿cómo se va a comprender la diferencia sin interactuar con ella? Colombia ha avanzado en los temas étnicos, gracias a una sociedad civil y una academia activa, una red de cooperación internacional comprometida, una clase dirigente que poco a poco ha abierto espacios, unos medios de comunicación que crecientemente toman partido en expresar lo erróneo de las expresiones racistas y excluyentes. Sin embargo, el dinamismo en las últimas décadas requiere ahora de un esfuerzo colectivo para adoptar un compromiso personal con la no discriminación.

Un aporte simbólico de la visita del presidente Barack Obama fue la comprensión de una diversidad que es necesaria para abrir espacios de cambio, que más allá que beneficiar a una comunidad en particular es el símbolo del mismo punto de partida

desde todos y para todos. La gran realidad que muestra lo absurdo de la discriminación, al subvalorar y limitar el aporte de un ciudadano por su color de piel o condiciones particulares, ¿de qué nos estamos perdiendo? Cartagena estaba conmocionada por la presencia de un líder negro que es un ícono global, ojalá la ciudad reconociera que en el aporte de sus raíces afrodescendientes está la historia de su futuro, donde los negros no solo construyeron las murallas que exaltan y al mismo tiempo dividen la ciudad, sino que son la base para construir los puentes de equidad para la sostenibilidad de su desarrollo. Definitivamente, no tendremos un país más justo, más próspero y más desarrollado si nuestra sociedad no es igualitaria e incluyente, pasando de lo retórico y excepcional a los cambios prácticos en la proximidad y cotidianidad. No es solo un problema de los otros, sino de nosotros.

* Presidenta de la Corporación Manos Visibles

Publicación

eltiempo.com

Sección

Editorial - opinión

Fecha de publicación

22 de abril de 2012

Autor

PAULA MORENO ZAPATA

Un ejemplo de integración

Por: PAULA MORENO | 6:42 p.m. | 25 de Agosto del 2012

Ya pasaron algunos días, pero el recuerdo de los Olímpicos de Londres sigue presente como el mejor ejemplo de la integración social. En nuestro caso, un grupo de colombianos de diverso origen -tanto social, regional como étnico- nos brindaron un momento de esperanza y unidad. El deporte evidencia que más allá de una inclusión por las condiciones externas, se requiere una integración alrededor de la capacidad que tiene cada ciudadano para aportar y competir, no desde sus debilidades sino desde sus fortalezas.

En un país donde la desigualdad social crea y reproduce conflictos sociales, el deporte y la ejemplar representación de nuestra comitiva en Londres nos enseñan la ruta para seguir. En un país, con unas mayorías en condiciones de riesgo y vulnerabilidad, se requieren más mecanismos públicos y privados que generen movilidad social efectiva, que complementen los programas de subsidios, partiendo de un reconocimiento profundo de los ciudadanos, que se evidencie en la igualdad de oportunidades de calidad. No sólo en el deporte, sino en todos los ámbitos.

A nivel nacional y local, las agendas de gobierno se concentran en la inclusión, y creo que se debe hacer una transición a la integración social. Cuando se menciona la palabra 'integración', se cree que es comparar a Colombia con Sudáfrica, pero solo hay que mirar las dinámicas urbanas de las principales ciudades del país, comenzando por Bogotá, para saber que hay una segregación no reglamentada pero establecida a nivel espacial, estético, laboral, comunicativo, entre otros.

Otro ejemplo muy claro son las carreteras, cuyo estado de calidad cambia de un departamento al otro. Solo basta pasar de un municipio de Antioquia, con carretera pavimentada, a cualquier lugar en Chocó a poca distancia (e. g., Carmen de Atrato), para encontrar una trocha sin la menor inversión.

El deporte evidencia que la diversidad es fundamental para nuestra integración social. La diversidad como un elemento natural de complementariedad de capacidades que desarrolla una mayor competitividad y justicia social. Blancos, negros, hombres, mujeres, personas con recursos económicos superiores o inferiores, o casos maravillosos como el de Óscar Pistorius -el deportista en condiciones de discapacidad que no compite en los Juegos Paralímpicos sino en los Olímpicos-, son ejemplos de sociedades que capitalizan sus diferencias como activo y no como un pasivo. Aún no se comprende esto fuera del campo deportivo, quizás por un cuestionamiento básico: ¿cómo se va a comprender la diversidad si no se interactúa con ella en la mayoría de los espacios de la cotidianidad? Y es lo excepcional y no lo natural en nuestra sociedad.

Otro aprendizaje importante de los Olímpicos es el manejo del lenguaje. Así sea un

equipo de diferentes, el lenguaje no va hacia la exclusión de los blancos, los negros, los jóvenes, los mayores del equipo, sino que siempre se enfatiza el grupo y la nación que se representa. No es un lenguaje de ustedes y nosotros. El poder de la palabra y la forma de referirse a los ciudadanos en diferentes situaciones y condiciones es uno de los elementos que acentúa la percepción de una sociedad que se une solo alrededor de todo lo que la divide.

Estamos constantemente en medio de dilemas que convocan a tomar siempre partido en contextos, grupos y elementos que, más que ser bandos, son sectores fundamentales de la sociedad. Entonces caemos en los errores comunes de la generalización, el extremismo y la discriminación. Ojalá que sepamos canalizar la euforia de los triunfos deportivos para que en otros niveles se multipliquen los referentes y momentos de conciencia de capacidad de unidad colectiva en la diversidad.

Paula Moreno Presidenta de la Corporación Manos Visibles info@manosvisibles.org

¿Inclusión afro, sin afros?

El balance del año de la afrodescendencia es positivo: se desarrolló a nivel global una agenda de reconocimiento a una de las principales diásporas en el mundo, la cual representa el valor de la libertad y la capacidad de superación. Eventos y actos simbólicos marcaron el reencuentro y visibilización de una comunidad mayoritaria en América Latina (más de 150 millones). La conmemoración ha tenido dos discusiones fundamentales: la necesidad de visibilización y reconocimiento equitativo y efectivo, al igual que la lucha contra la discriminación racial como un fenómeno social latente.

Al participar de múltiples espacios e integrar la red mundial de académicos de la diáspora africana desde 2005, creo que este año, incluido su cierre, debe marcar una transición de lo retórico a lo práctico. Si bien, la inclusión en los discursos, campañas o agendas nacionales ha sido un espacio ganado por los movimientos sociales afro, es el momento en el que se requiere mejorar los avances y realizar con prontitud las acciones requeridas que generen un cambio social de las condiciones de exclusión de la comunidad afro. Existen muchos diagnósticos, políticas formuladas, recomendaciones, y poco a poco se consolidan organizaciones tales como observatorios, redes y procesos que evidencian ya, no solo desde la emoción, sino desde los hechos donde se presentan las exclusiones, que no son percepciones de un grupo exagerado y paranoico, sino hechos palpables y medibles.

El gobierno, los medios, el sector privado, la academia y la cooperación coinciden en que la inclusión efectiva de las comunidades afro es un tema crítico en la lucha contra la pobreza, la cohesión social y en la prosperidad democrática que el país está construyendo. Sin embargo, este discurso aún es débil en su implementación desde diferentes elementos.

Por una parte, no se han evaluado y mejorado la implementación de la legislación, programas e institucionalidad que se han creado para comunidades afro en la última década. Por ejemplo, el fondo de créditos condonables del ICETEX para Comunidades Negras podría ser una plataforma de desarrollo integral si se gestionara de una manera holística, y no sólo para dar subsidios sin el debido seguimiento y medición de impacto. Este fondo debería ser un esquema similar a COLFUTURO, orientado a la educación superior de comunidades afro, con alianzas con el sector privado e intermediación laboral. Si se revisara y planteara así, ayudaría con contundencia a reducir la falta de oportunidades que hace que de cada 100 jóvenes afro únicamente 2 puedan ingresar a la universidad y que posteriormente para esos 2 sea tan difícil ubicarse laboralmente.

Por otra parte, es urgente complementar la ley 70 de 1993. Un tema claro que debe abordarse cuanto antes es el fortalecimiento de los consejos comunitarios de comunidades negras, que son las únicas entidades territoriales en el país que no tienen ningún apoyo financiero o esquema de transferencias para su ejercicio. Mi pregunta es: ¿puede una entidad territorial tener algún nivel de fortaleza organizativa sin presupuesto? ¿Cómo subsisten más de 160 consejos comunitarios (que son entidades territoriales con más de 5 millones de hectáreas) sin ningún apoyo directo del Estado, ni siquiera para la coordinación logística cotidiana? Al igual que las consultivas y la mayoría de organizaciones sociales y políticas afrocolombianas, los consejos comunitarios funcionan sin ninguna remuneración o esquema de apoyo para su operación en áreas del país donde el sector privado o las posibles fuentes de financiación se reducen principalmente al Estado. Si bien, los recursos no son la única solución, con la regulación rigurosa, rendición de cuentas y sanciones, sí viabilizan un esquema de gobernanza viable y con las condiciones mínimas de ejercicio de poder de negociación ciudadana.

Yo creo que parte de la transición que debe marcar este año es la conciencia de que no se puede incluir a una comunidad sin ella, es decir, sin que sea parte integral, no solo como beneficiario o actor en las negociaciones, sino para construir los cambios desde dentro de las organizaciones. En la mayoría de los casos, la participación de profesionales afrocolombianos es inexistente y no se cumple con los principios mínimos de responsabilidad social por parte de organizaciones que deberían buscar en su fuerza laboral un mínimo de representación visible de la diversidad de sus clientes. La gran mayoría de organizaciones que respaldan públicamente la lucha contra la discriminación y la búsqueda de la inclusión de comunidades afro, no tienen participación profesional afro en su fuerza laboral.

Hace poco les explicaba a un grupo de investigadores sobre el tema afro, que no tenían en sus equipos a ningún investigador afro, por qué no era coherente. En efecto, les hacía la comparación, sería como realizar un análisis de perspectiva de género a cualquier nivel, donde el grupo de investigadores o fuera conformado solo por hombres o solo por mujeres. Más allá que cuotas que pueden abrir los espacios por poder, se requiere la conciencia de la necesidad y pertinencia de integrar equipos diversos para construir desde los diferentes sectores un balance y una perspectiva más incluyente. Es muy difícil comprender y construir cuando no hay una participación de profesionales afro formados y con experiencia (que hay, y con excelentes perfiles), que sirvan de referentes para 9 millones de afrocolombianos que al verlos desempeñando no solo posiciones operativas, sino directivas, puedan decir “ allí hay alguien como yo o alguien como yo lo logro y yo puedo también tener la opción de hacerlo”. Por otra parte, genera un mensaje para todo el País acerca de la necesidad de integrar una Nación de todos y para todos, donde en realidad existan las mismas oportunidades de participar en las diferentes instancias.

Este año más allá de los encuentros, y entrando a los balances, nos muestra que existe un largo camino por recorrer, ya que si bien se supone que somos iguales, no partimos del mismo punto. Se deben hacer ejercicios concientes para que, como me dijo un joven afro en un barrio en Cali, se pueda *“incluir incluyendo, y no solo hablando de inclusión”*.